

KURT VONNEGUT

*El Desayuno
de los Campeones*



Philboyd Studge, un autor de novelas de humor muy negro y decididamente molestas para los bienpensantes, decide a sus cincuenta años de vida escribir su obra definitiva, en la que aparezcan todos los personajes e historias que han quedado flotando como desechos de sus otros libros, todas las ideas que no aprovechó, todos sus recuerdos y hasta sus dibujos.

Y Studge, que hace y deshace en su libro como si fuera Dios jugando con el universo, construye a partir del providencial encuentro entre su personaje favorito, Kilgore Trout, desconocido y cincuentón escritor de novelas de ficción científica, y Dwayne Hoover, un acaudalado vendedor de coches que descubre en un libro de Trout un «mensaje» que cree que está destinado sólo a él, una obra total donde cabe todo su caótico universo real e imaginario. Y así, en una novela ficticia que se despliega dentro de una novela real como una sucesión de muñecas rusas, o de cajas chinas, encontraremos los divertidísimos resúmenes de los libros publicados e inéditos del escritor Kilgore Trout, las venturas y desventuras familiares de Dwayne, el demente vendedor de coches cuya mujer se suicidó bebiendo un desatascador de tuberías y que tiene un hijo homosexual y pianista que no es precisamente su descendiente soñado, y también una miríada de sorprendentes personajes secundarios, algunos de los cuales ya han aparecido en otras novelas de Vonnegut, y otros que, como el inefable pintor Rabo Karabekian de *Barbazul*, retomarán como protagonistas años y libros más tarde...

Con *El Desayuno de los Campeones*, Vonnegut ha escrito una de las grandes novelas de los años setenta. Los críticos han comparado esta exuberante y divertidísima farsa sobre los mecanismos de la creación y la aventura de la vida con las obras de Lewis Carroll, y han visto en el ingenuo y a la vez sabio Kilgore Trout una peculiar y original versión de

Alicia, trasplantada a la tremenda e inolvidable América de las Maravillas vonnegutiana.

«Único... Kurt Vonnegut es uno de los escritores que trazan el mapa de nuestros paisajes mentales, que otorgan nombre a nuestros lugares más secretos». (Doris Lessing, *The New York Times Book Review*).

«Kurt Vonnegut es George Orwell, el doctor Caligari y Flash Gordon fundidos en un solo escritor... un científico loco, que simula ser un bufón, pero jamás olvida la ética». (*Time*).

«Nuestro humorista negro más corrosivo. Ante sus obras, la risa es una forma de autodefensa». (*The Atlantic Monthly*).











A la memoria de Phoebe Hurty,
que fue mi consuelo en Indianápolis
durante la Gran Depresión.

Cuando me ponga a prueba,
saldré como oro puro.

Libro de Job

PRÓLOGO

El Desayuno de los Campeones es el nombre de unos cereales para el desayuno, marca registrada por General Mills, Inc. La utilización de ese mismo nombre como título de este libro no pretende sugerir ninguna relación especial con General Mills ni ningún patrocinio por su parte. Tampoco debe tomarse como un menosprecio a sus selectos productos.

La persona a quien está dedicado este libro, Phoebe Hurty, ya no se cuenta entre los vivos, como suele decirse. Era una viuda que conocí en Indianápolis bien entrada la Gran Depresión. Yo tenía unos dieciséis años y ella alrededor de cuarenta.

Era rica pero no había dejado de trabajar ni un día, así que seguía haciéndolo. Escribía una columna, sensata y divertida, de consejos para enamorados en el *Times* de Indianápolis, un buen periódico ya difunto.

Difunto.

También escribía anuncios para la Compañía William H. Block, unos grandes almacenes que aún siguen marchando muy bien en un edificio que diseñó mi padre. Una vez, con ocasión de unas rebajas de verano, escribió un anuncio para unos sombreros de paja que decía: «A este precio, puede ponerle sombrero a su caballo y hasta a sus rosas».

Phoebe Hurty me contrató para hacer los anuncios de ropa para adolescentes. Yo tenía que usar la ropa que anunciaba. Eso era parte del trabajo. Me hice amigo de sus dos hijos, que eran más o menos de mi edad, y siempre estaba metido en su casa.

Cuando se dirigía a sus hijos o a mí o a las amigas que llevábamos a su casa, soltaba tacos. Era una mujer muy divertida e irradiaba a su alrededor una sensación de libertad. Nos enseñó a hablar abierta y descaradamente no sólo de las cuestiones sexuales sino de la historia estadounidense, de los héroes famosos, de la distribución de la riqueza, de la enseñanza y de cualquier cosa imaginable.

Ahora yo me gano la vida siendo descarado. Aunque intento imitar, torpemente, aquel descaro que en Phoebe Hurty tenía tanta gracia. Creo que a ella le era más fácil que a mí ser graciosa, dado el ánimo general que reinaba en la época de la Gran Depresión. Ella creía en lo mismo que tantos estadounidenses creían por aquel entonces: que, cuando llegase la época de la prosperidad, el país sería feliz, justo y racional.

Nunca más he vuelto a oír esa palabra: *prosperidad*. Era sinónimo de *paraíso*. Y Phoebe Hurty creía que esa forma de hablar sin tapujos, que tanto recomendaba, conformaría el paraíso americano.

Ahora su descaro está de moda. Pero ya nadie cree en el paraíso americano. La verdad es que echo mucho de menos a Phoebe Hurty.

En cuanto a la sospecha que dejo entrever en este libro de que los seres humanos son robots, máquinas, tengo que aclarar que, cuando yo era un niño, las personas que padecían sífilis, hombres en su mayor parte, sufrían, durante la última fase, *locomotor ataxia* y eran un espectáculo corrien-

te en el centro de Indianápolis y entre las multitudes que se apiñaban en las plazas.

Eran personas que estaban invadidas por unos pequeños sacacorchos carnívoros que sólo podían verse a través del microscopio. Y esos sacacorchos, después de comerse la carne que hay entre las vértebras, dejaban a sus víctimas con los huesos de la columna soldados. Así que los sifilíticos caminaban muy erguidos, mirando fijamente hacia delante, lo que les daba un aspecto muy digno.

En una ocasión vi a uno que estaba en el bordillo de la esquina de la calle Meridian con la calle Washington, bajo un reloj colgante que había diseñado mi padre. Aquella esquina era conocida por todos como «El Cruce de América».

Y aquel sifilítico estaba allí, en el Cruce de América, concentrado, pensando en cómo hacer para que sus piernas bajaran del bordillo y le transportasen al otro lado de la calle Washington. Temblaba ligeramente, como si llevase por dentro un motorcito al ralentí. Su problema era que los sacacorchos le estaban comiendo vivo el cerebro, que es de donde parten las instrucciones para las piernas. Los cables que transportan las instrucciones ya no tenían aislante o estaban totalmente carcomidos. Y los interruptores distribuidos por el circuito se habían quedado atascados.

Aquel hombre parecía viejo, muy viejo, aunque probablemente no tuviese más de treinta años. Estuvo pensando y pensando. Y luego levantó la pierna dos veces seguidas como una corista.

A mí, que era un niño, me pareció que era un movimiento como de robot.

También tengo cierta tendencia a pensar en los seres humanos como si fuesen enormes tubos de ensayo de carne con reacciones químicas borboteándoles por dentro. Siendo niño, también vi a muchas personas que padecían bocio. Eso mismo es lo que le pasaba a Dwayne Hoover, el

vendedor de Pontiacs, protagonista de este libro. Aquellos desdichados terrícolas tenían las glándulas tiroideas tan hinchadas que parecía que les crecían pepinos en el cuello.

Al final resultó que lo único que tenían que hacer para llevar una vida normal era tomar algo menos de la millonésima parte de un gramo de yodo al día.

Mi propia madre se destrozó el cerebro con productos químicos que se suponía que la hacían dormir.

Y yo, cuando estoy deprimido, me tomo una pastillita y me vuelvo a animar.

Y cosas por el estilo.

Así que, cuando creo un personaje para una novela, siento una gran tentación de decir que «es como es» porque tiene un fallo en los cables o porque ese día en particular ha ingerido o ha dejado de ingerir una cantidad microscópica de sustancias químicas.

¿Y qué pienso yo de este libro? Pues me parece horrible, pero siempre me pasa lo mismo con mis libros. Mi amigo Knox Burger dijo en una ocasión que cierta novela pesadísima «parecía escrita por Philboyd Studge». Ése es quien creo que soy cuando escribo lo que parece que estoy programado para escribir.

Este libro es el regalo que me hago a mí mismo por mi cincuenta cumpleaños. Me siento como si estuviera coronando un tejado a dos aguas, después de haber subido por uno de los lados.

A los cincuenta años estoy programado para comportarme como un niño: reírme del himno nacional de mi país, garabatear con un rotulador banderas nazis, culos y muchas otras cosas. Para que se vayan haciendo una idea de la